

LOS SIN TECHO INVISIBLES EN JAPÓN

El estigma social profundamente arraigado oculta la verdadera magnitud del problema y crea una narrativa engañosa.



Esta imagen, tomada el 2 de febrero de 2021, muestra a peatones caminando junto a una persona sin hogar que duerme en la calle cerca de la estación Shinjuku, en el centro de Tokio. (Foto: AFP)

Por Cristian Martini Grimaldi

Publicado: 08 de enero de 2025 12:09 PM GMT

Actualizado: 08 de enero de 2025 12:13 PM GMT

En Japón, donde las normas culturales y las estructuras sociales enfatizan el orden y la discreción, la situación de las personas sin hogar es menos visible pero está profundamente arraigada.

En enero de 2024, el Ministerio de Salud, Trabajo y Bienestar informó que había 2.820 personas sin hogar en todo el país. En cambio, Estados Unidos, con su mayor población y disparidades económicas más amplias, tiene una población estimada de 582.462 personas sin hogar, según el informe de 2022 del Departamento de Vivienda y Desarrollo Urbano (HUD).

Si bien estas cifras sugieren una diferencia dramática, reflejan disparidades sociales, económicas y culturales subyacentes que configuran la naturaleza de la falta de vivienda en cada país.

A primera vista, la relativamente baja población de personas sin hogar de Japón parece un triunfo: en un país de 125 millones de habitantes, menos de 3.000 personas carecen de techo, lo que representa una tasa de personas sin hogar de aproximadamente el 0,02 por ciento.

En Estados Unidos, con una población de 330 millones de habitantes, la tasa de personas sin hogar es de casi el 0,18 por ciento, casi 90 veces más alta. Sin embargo, estas estadísticas sólo cuentan una parte de la historia.

En Japón, la falta de vivienda suele subestimarse debido a las normas sociales que estigmatizan la pobreza y el fracaso público. Muchos japoneses que sufren inseguridad habitacional viven en cibercafés, hoteles cápsula o apartamentos en mal estado, lo que técnicamente evita la etiqueta de "sin hogar", pero aun así viven en condiciones precarias.

Muchas personas viven en cibercafés y los utilizan como viviendas de facto. Estos "refugiados de los cibercafés" a menudo carecen de un empleo estable y no pueden permitirse una vivienda normal. Una encuesta gubernamental de 2018 estimó que unas 4.000 personas vivían de esta manera solo en Tokio.

Quienes viven en hoteles cápsula, en alojamientos compartidos baratos o en viviendas que carecen de servicios básicos también encajarían en una definición más amplia de personas sin hogar. Esta población es difícil de cuantificar, pero podría incluir a decenas de miles de personas en todo el país.

Si se consideran todos estos factores, el número real de personas sin hogar en Japón podría oscilar entre 100.000 y 200.000, muy lejos de las 2.820 personas reconocidas oficialmente por el Ministerio.

La baja cifra oficial refleja una definición estrecha, visible en la calle, que excluye las realidades ocultas de la falta de vivienda, condicionadas por el estigma y las expectativas sociales.

Luego están las causas profundas de la falta de vivienda. Japón y Estados Unidos difieren en aspectos que reflejan sus respectivas estructuras sociales.

En Japón, la falta de vivienda afecta principalmente a los hombres mayores, muchos de los cuales fueron víctimas de las "décadas perdidas" que siguieron al estallido de la burbuja económica en los años 1990.

El colapso de las normas de empleo vitalicio dejó a muchos hombres de mediana edad sin trabajo. La falta de movilidad social les impidió reincorporarse a la fuerza laboral. Cuando alcanzaron la edad de no poder trabajar, se encontraron solos, sin ahorros ni apoyo familiar.

En cambio, la falta de vivienda en Estados Unidos está impulsada por un conjunto más amplio de factores, incluida una grave escasez de viviendas asequibles.

Una de las diferencias más llamativas es la visibilidad del fenómeno de las personas sin hogar.

En ciudades estadounidenses como Los Ángeles, Nueva York o San Francisco, los campamentos descontrolados sirven como tristes recordatorios de la crisis. Estas ciudades de tiendas de campaña son a la vez un síntoma de un fracaso sistémico y una fuente de discordia pública.

En Japón, estos campamentos visibles son poco frecuentes, ya que las normas culturales desalientan las manifestaciones públicas de penurias. Geográficamente, los japoneses sin hogar tienden a agruparse en parques urbanos (25,2%), junto a las carreteras (23,8%) y en las riberas de los ríos (22,6%), lo que refleja tanto la concentración urbana como la presión social para permanecer fuera de la vista.

El estigma asociado a la falta de vivienda en Japón suprime aún más la visibilidad. Pedir ayuda se considera un fracaso personal y las personas sin hogar suelen ser marginadas hasta el punto de volverse invisibles.

En Estados Unidos, si bien existe el estigma, el discurso público en torno a la falta de vivienda es más sólido, hay mayor apoyo y un impulso más fuerte para un cambio sistémico.

Otra diferencia clave radica en la demografía.

En Japón, la falta de vivienda es un problema predominantemente relacionado con el envejecimiento. La edad promedio de una persona sin hogar es de 63,6 años, y más de un tercio tiene 70 años o más. Esto refleja el envejecimiento de la población japonesa en su conjunto, pero también indica una falta de apoyo a los adultos mayores, especialmente a los que no tienen familia.

En Estados Unidos, es más probable que la falta de vivienda afecte a grupos demográficos y familias más jóvenes. Más del 30 por ciento de la población sin hogar está formada por niños menores de 18 años.

En general, el problema de las personas sin hogar en Japón es mucho más complejo de lo que parece y a menudo pasa desapercibido para los turistas que ven un país aparentemente libre de este problema.

Aunque las estadísticas oficiales informan una tasa sorprendentemente baja de personas sin hogar, pasan por alto las luchas ocultas de quienes viven al margen de la sociedad: los residentes de los cibercafés, las personas que viven en viviendas inestables y aquellos demasiado marginados para buscar ayuda.

Esta invisibilidad, perpetuada por un estigma social profundamente arraigado, oscurece la verdadera magnitud del problema y crea una narrativa engañosa.